

ALEJANDRO LLANO, *Humanismo cívico*, Barcelona, Ariel, 1999

Susana Blanco Miguélez

La última obra de Alejandro Llano desarrolla su particular propuesta teórica y política de la sociedad, a la que denomina, como indica el título de la obra, “humanismo cívico”. Siguiendo la tónica de algunas de sus obras anteriores, adopta el ensayo para elaborar un discurso que él mismo califica de “más narrativo que sistemático” (p. 9) y que resulta el más adecuado para un trabajo que intenta, sobre todo, constituir una reflexión personal del autor sobre filosofía política, apoyada en observaciones de filosofía práctica (p. 7).

La exposición de esta concepción se estructura en cuatro capítulos, a los que se añaden prólogo y conclusiones. Las páginas preliminares sitúan la cuestión central objeto del trabajo: la contraposición entre su “humanismo cívico” y el modelo antropológico “individualista posesivo” de la primera modernidad, desarrollado hasta sus últimas consecuencias bajo la forma política de las actuales democracias procedimentales; modelo éste último que, en opinión de Llano, presenta graves síntomas de agotamiento (p. 11).

El primer capítulo ofrece una presentación panorámica del humanismo cívico, que viene a ser definido por Llano como una “concepción teórica y práctica de la sociedad” en la que “se valoran y promueven tres características que mutuamente se exigen y se potencian entre sí” (p. 15). Estas características son, en primer lugar, el protagonismo de las personas humanas reales y concretas en la configuración política, con la correlativa toma de conciencia de su condición de miembros activos y responsables de la sociedad. En segundo lugar, la consideración de las comunidades humanas como ámbitos imprescindibles y decisivos para el pleno desarrollo de los individuos. Por último, la valoración de la esfera pública “como ámbito de despliegue de las libertades sociales y como instancia de garantía para que la vida de las comunidades no sufra interferencias indebidas ni abusivas pretensiones de poderes ajenos a ellas” (p. 15). Así considerado, el humanismo cívico constituye una reacción frente al modelo político-económico vigente en las sociedades occidentales contemporáneas, marcado por el dominio del estado y el mercado, que ha dado lugar a una política burocratizada y tecnológica que ahoga la iniciativa ciudadana (pp. 19-21). En este sentido, el humanismo cívico hereda de Tocqueville el temor al “despotismo blando” de las democracias hiperprotectoras, en las que el ciudadano se hace cada vez más inactivo e irresponsable (p. 23).

Llano analiza detalladamente las causas de la apatía de los ciudadanos y su escasa participación tanto en la actividad política como en todo tipo de proyectos societa-rios. Éstas son, a su juicio, tres, y derivan del modelo humano impuesto por la modernidad: el individualismo exacerbado, la tendencia al relativismo ético y la disociación entre moral pública y moral privada, que tiene en su base el cuestionamiento de la capacidad de los ciudadanos para conocer y elegir el bien moral en su vertiente social (p. 24). El individualismo lleva a los ciudadanos a centrarse única y exclusivamente en sus

necesidades e intereses personales, dejando de lado todo proyecto comunitario. El relativismo relega las decisiones sobre “lo bueno” al ámbito de lo subjetivo, al juego de las emociones y deseos personales, no siempre ni necesariamente racionales. Las pautas públicas que rigen la vida social no versan sobre “lo bueno”, que queda así relegado al ámbito de una moral privada en la que no cabe interferir, sino sobre “lo correcto”, aquello sobre lo que cabe llegar a acuerdos fácticos sin interferir en los libres planes de vida que cada persona, sobre su particular concepción de “lo bueno”, pueda elaborar (pp. 28-29). La razón política opera sobre el cada vez más reducido margen de “lo correcto”, despreocupándose de “el bien” o “lo bueno”, puramente subjetivos. Por tanto, la razón política no opera ya como antaño sobre la noción de “bien común”, sino sobre la de “interés general”, nociones completamente diferentes, correspondiendo la segunda al conglomerado de intereses particulares de los individuos miembros de cada comunidad. Ese “interés general” es gestionado por las élites políticas y económicas al margen del ciudadano, que queda así excluido del ámbito público.

En contraposición a este panorama, el humanismo cívico afirma la capacidad de toda persona para captar la verdad práctica (si bien no es una facultad individual, absoluta ni automática, sino limitada y dialéctica), así como la relevancia política de tal capacidad (p. 25). Esta concepción rescata dos nociones aristotélicas. Por una parte, el ya mencionado “bien común”, consistente en aquellas condiciones que posibilitan el desarrollo en el seno de la comunidad política de todos los individuos y las particulares comunidades que estos constituyan, y el logro de los concretos bienes que se propongan; un bien común sin el cual no hay posibilidad de alcanzar el bien individual (p. 41). Por otra parte, la “virtud”, consistente en ciertos hábitos intelectuales o prácticos que se adquieren por la educación y se orientan a formar la personalidad del individuo hasta que madure intelectual y moralmente por medio de la participación en la vida de la comunidad política (p. 43).

El capítulo II profundiza en los factores que han determinado el surgimiento y desarrollo del actual modelo político-social, incidiendo particularmente en la concepción actualmente predominante sobre la razón pública. Es éste resultado de la modernidad cientificista, que ha hecho predominar, siguiendo la terminología de MacIntyre, el “paradigma de la certeza” sobre el “paradigma de la verdad” (pp. 55-56). Frente a este modelo, la reacción más extendida ha sido el irracionalismo o el relativismo, que niegan la posibilidad de un tratamiento riguroso de las cuestiones prácticas por no ser asimilables al objeto de las ciencias experimentales (p. 58). En política el pensamiento cientificista de la modernidad se plasma en una concepción de la democracia individualista, procedimental y apoyada en éticas deontologistas o utilitaristas que persiguen un sustrato comprobable (cálculos de placer o dolor o normas éticas fijadas por consenso). Todo ello produce un desplazamiento de la razón pública del ámbito práctico al teórico, donde se tecnifica e instrumentaliza (p. 60). Se escinde el ámbito de la ética (privada, socialmente trivial) del de la política (técnica, regida por el cálculo racional como método para la resolución de problemas colectivos, es decir, por la razón instrumental).

La alternativa constituida por el humanismo cívico propone la reinstauración del “paradigma de la verdad”; esto es, de una epistemología que persiga un auténtico conocimiento de la realidad en toda su pluralidad y riqueza. Ello requiere el abandono del monopolio de la razón científica y la adopción de un uso analógico de la razón. Esta nueva epistemología permitiría constatar, a juicio de Llano, que todo conocimiento de la realidad exige un lento aprendizaje en comunidad de diálogo y enseñanza (p. 58). Resaltaría, además, el carácter contextualizado e inserto en una cultura de todo saber, admitiendo la imposibilidad de desligarlo de las comunidades en que florece y de las personas que lo cultivan (p. 59). Ante eventuales críticas de que por esta vía se arribe a una nueva modalidad de relativismo cultural, el autor opone que la orientación a la verdad de esta epistemología previene por completo tal riesgo: toda práctica, cultura o tradición, en tanto que esté orientada a la verdad, lleva más allá de sí misma. Y ello porque la verdad,

en su dimensión más radical, es un perfeccionamiento del ser del hombre que constituye el bien de su inteligencia, conseguido por un constante procedimiento de ensayo-error-rectificación (pp. 58-59). Esta epistemología, cuyo lema podría ser “realismo sin empirismo”, se traduce en el ámbito político en el reconocimiento de la posibilidad de una “verdad social” accesible al hombre; modalidad de “verdad práctica” situada en el contexto de una comunidad espacial, temporal, cultural... (p. 61). La búsqueda de esa “verdad social” ha de realizarse por medio del diálogo, método propio de la razón política en la sociedad democrática (p. 61). Desde esta óptica, la razón pública no es una razón tecnificada, porque el obrar humano no es mera *kinesis* (movimiento activado desde fuera) ni mera *poiesis* (trabajo transformador del mundo), sino, sobre todo, *praxis*, que supone avance hacia sí mismo, que tiene su fin en el propio hombre, en su autoperfección derivada del incremento de su valor humano (p. 65). Igualmente, se superan las contraposiciones ética/política y público/privado. Ética y política se perciben en el humanismo cívico como imbricadas. Como para Aristóteles, la ética es una parte de la política o, más precisamente, una cierta ciencia política. No es posible alcanzar una consumada racionalidad práctica si no es por medio de la consecución de una racionalidad política cuya versión más simple y radical se encuentra en el diálogo. Por ello mismo, no resulta tampoco posible separar lo público de lo privado: el hombre es ciudadano porque es animal social; y el ciudadano no deja de ser hombre, persona privada. Paralelamente, el conocimiento del ser del hombre, de la verdad de lo humano, es simultáneo al proceso de adquisición de las virtudes; no se adquieren por separado las virtudes públicas y las privadas, sino que se adquieren ciertas virtudes que perfeccionan al ser humano en cuanto tal, independientemente de que luego se desplieguen en uno u otro ámbito (p. 94).

En el capítulo III se tratan las cuestiones de la democracia y la ciudadanía. Parte Llano de constatar la relación entre una democracia plena, auténtica, y la calidad ética de sus ciudadanos, percibida por los clásicos del pensamiento democrático. Estos autores concebían la democracia como un régimen político basado en la relevancia social de las virtudes morales (p. 101). En contraste, las democracias actuales asumen la distinción entre el plano público y el privado, caracterizando a este último por una libertad total, ilimitada, sin restricción alguna impuesta ni desde el propio hombre (autodominio, ejercicio de las virtudes) ni desde fuera de él. Por su parte, el ámbito público queda reducido a mecánica regulación de la convivencia entre libertades eventualmente confluyentes y en conflicto. Ante tal panorama, el humanismo cívico propone recuperar la concepción del bien social como un valor humano común, no como mero interés general resultante de la suma de intereses particulares, y rescatando asimismo la comprensión de la libertad como dinamismo abierto a ese bien humano común, no como desconexión de todo aquello que trasciende al individuo (pp. 101-102). Se trata de tomar conciencia de una nueva forma de ciudadanía, idea ésta rescatada en los últimos años como consecuencia del intento de colmar los déficits de solidaridad, igualdad y autonomía que el propio desarrollo de la democracia ha traído consigo al basarse en un individualismo que encierra al hombre en sí mismo (p. 110). Pero esa solidaridad sólo puede conseguirse retomando la noción de ciudadanía propia de la filosofía política tradicional; lo cual supone sustituir el esquema técnico-económico de los estados actuales por el paradigma de la “comunidad política” de la tradición aristotélica (p. 111). Si la noción actual de ciudadanía consiste en ser súbdito de un estado, y como tal, titular de derechos, obligaciones, y posible perceptor de subsidios, situando al ciudadano en una posición enteramente pasiva que paraliza su iniciativa, la nueva noción de ciudadanía reclama un papel activo de la persona: la “nueva ciudadanía” está estrechamente relacionada con la acción humana (pp. 117-119). Ser ciudadano es “ser protagonista libre en la configuración de la sociedad” (p. 118). Y esta es la idea nuclear de la democracia bien entendida. Esta ciudadanía requiere, en opinión de Llano, el fomento de la iniciativa privada y la creación y regulación de subjetividades sociales que, situándose entre la unidad familiar y el estado, consiguen superar el binomio “público/privado” (p. 118).

Por último, el capítulo IV intenta ofrecer la fundamentación filosófica del humanismo cívico. Para ello, el autor insiste en la necesidad de sustituir la mentalidad científica moderna, inadecuada para acceder a la verdad, por una mentalidad auténticamente posmoderna que promueva nuevos valores intelectuales y políticos, pero a la vez conservando los logros de la modernidad, integrándolos, en la medida de lo posible, en su propia concepción (pp. 146-148). Se trata de instaurar un nuevo modo de acercamiento a la realidad y un nuevo modo de entender al hombre. El primer paso en este proceso de cambio ha de ser, a juicio de Llano, la ya iniciada rehabilitación de la razón práctica, de un reflexionar meditativo y dialógico que tenga en cuenta que todo conocimiento surge en un contexto cultural y en un entorno social con implicaciones éticas, coordinando tradición y universalismo en la búsqueda de la verdad (p. 149). Con ello hay que conjugar el tal vez más importante logro de la modernidad: el énfasis puesto en la libertad individual como vehículo de identidad personal. Con las culturas modernas, el estatus y valor moral de la persona deja de venir dado por su inserción en una totalidad jerárquica para depender de su propia e irreplicable identidad. Ahora bien, esta valoración de la identidad personal, lejos de abocar necesariamente al individualismo (producto de una concepción del hombre como ser autónomo y, por ello, “instantáneo”, esto es, desvinculado y por tanto supuestamente “liberado” de todo lo que no sea el “ahora”) puede y debe articularse con la dimensión social del hombre. Para ello, es preciso darse cuenta de que la identidad personal sólo puede descubrirse a la luz de un horizonte valorativo y social que va más allá de la propia individualidad. La realización personal exige diálogo estable con los demás. Sólo en comunidad se descubren los bienes comunes necesarios para descubrirse uno mismo y desplegar una vida moral (pp. 150-153). La comunidad es esencial, ya que cada ser humano formula las verdades atinentes a su naturaleza en términos de su propia cultura. Pero si están bien orientadas, esas formulaciones trascenderán la propia cultura; y las formulaciones de otras culturas podrán, por su parte, ofrecer elementos complementarios que ayuden a construir o enriquecer la propia identidad (p. 154).

Por último, insiste Llano en la importancia que para el humanismo cívico tiene la educación. Una educación, por cierto, entendida de modo muy distinto al afán contemporáneo por acumular información. Una educación que se concibe como intento de aprehender la realidad tal cual es, sin manipulaciones; que exige verdad, tradición, comunidad, un marco del que aprender y al que aportar, en continuo proceso de avance y rectificación (p. 155). Un proceso, pues, de paulatina y progresiva interiorización de ciertos hábitos y virtudes intelectuales y prácticas, que son capacidades de conocimiento y actuación que incrementan desde dentro las potencialidades personales, haciendo al sujeto cada vez más apto para entenderse a sí mismo y al entorno en que se desarrolla su vida, así como para comportarse en él de forma más acertada y eficaz (p. 155). El fin de esta educación no será la eficacia inmediata del control instrumental de ciertos medios, sino el logro real de los fines relevantes: el primero y más importante, la formación del hombre (pp. 155-156). Se trata, en definitiva, de una educación en la que ética y verdad se dan la mano. No en vano, la ética indica cómo obrar, y esto sólo se puede saber conociendo y “practicando” lo que es “ser auténticamente hombre”. Llano propone una ética que combine bienes, virtudes y normas, ya que “sólo una sabia articulación de estos tres planos puede permitir una ética completa y vividera” (p. 188). A través de las virtudes se hace posible ampliar el horizonte perceptivo para diferenciar el bien real del aparente, el “bien para mí” del “bien en sí mismo”, que es bien para el ser humano en cuanto tal (p. 188). Pero la virtud no puede florecer con la mera actualización espontánea de vivencias emotivas, porque algunas de ellas no conducen al incremento del saber práctico, sino a su degeneración. De aquí la necesidad de reglas que fomenten y ayuden al ejercicio de las virtudes (pp. 188-189).

Lo que se ofrece en las páginas de este libro es, en definitiva, “la invitación a otro modo de pensar y comportarse”, que lleva a “un nuevo acercamiento a las realidades

sociales, en el que se respete y potencie el protagonismo de las personas, no en su abstracto aislamiento individualista, sino en su solidaridad interpersonal y comunal” (p. 192). Se trata de una propuesta cuyo nervio radica en “una creciente participación política y el reforzamiento de las comunidades a escala humana”, que favorece el simultáneo “ahondamiento en la identidad ética” de la persona y “la potenciación de su apertura social” (pp. 192-193).

Estamos pues, ante una propuesta compleja y fecunda, en la que la multiplicidad de los temas abordados no oscurece el hilo argumental básico. El autor sabe captar el incipiente clima de cambio social que se manifiesta en la articulación de nuevas modalidades de participación ciudadana en la vida social, como el voluntariado, en las que se hace patente el afán de rescatar la apertura social de lo humano a través de vías ajenas a las ofrecidas por el estado. Es de destacar sobre todo la profundidad con que son abordadas complejas cuestiones (especialmente clara resulta la exposición de los fundamentos filosóficos de la mentalidad moderna del capítulo IV, en la que analiza cuestiones tan complicadas como el representacionismo epistemológico moderno, o la influencia de la filosofía lingüística nominalista en la formación del modelo antropológico individualista con notorios rigor y sencillez). Se percibe que la obra es el resultado de reflexiones materializadas en múltiples trabajos anteriores (cfr., especialmente, *El enigma de la representación*, Madrid, Síntesis, 1999, donde se desarrolla el tema del representacionismo y la relación entre individualismo y filosofía lingüística nominalista, y *La nueva sensibilidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, ensayo que denuncia las paradojas del modelo moderno de racionalidad y sus consecuencias políticas, esbozando la alternativa del “humanismo cívico”) que se articulan ahora en una propuesta constructiva.

Sólo hay una cuestión cuyo tratamiento resulta un tanto impreciso: la propuesta de combinación de elementos del modelo antropológico liberal moderno con el “humanismo cívico” (pp. 151-156). Tras el pormenorizado análisis de los defectos del modelo social vigente, plasmado en su crítica de las democracias procedimentales y de las teorías neocontractualistas que las justifican, y tras la descripción no menos detenida de los rasgos del modelo alternativo propuesto, la afirmación de la necesidad de conjugar las ventajas de ambas tradiciones despierta en el lector una curiosidad no del todo satisfecha. Qué aspectos conjugar, por qué vías y con qué límites ha de hacerse tal combinación para resultar satisfactoria, es un tema que el autor sólo se limita a esbozar. Se intuye, sin embargo, que su propuesta podría aproximarse en este punto a las teorías “republicanistas” que, al menos en su modalidad “europea”, se caracterizan por intentar constituir una “tercera vía” entre liberales y comunitaristas rescatando la noción de “virtudes cívicas” y el carácter eminentemente social del perfeccionamiento y felicidad del ser humano (véase, por ejemplo, el estudio de Philip Pettit, *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*, Oxford, Oxford University Press, 1997). Apelan, para ello, a una rehabilitación de la teoría social aristotélica y a las ideas de algunos teóricos clásicos de la democracia como Tocqueville o Jefferson, referentes todos ellos que el “humanismo cívico” comparte. A pesar de que Llano rehuye toda catalogación en alguno de los rótulos de moda (es especialmente renuente a una eventual calificación como comunitarista) la proximidad con los planteamientos republicanistas, aunque sin duda matizable, resulta patente.

En el plano formal, el libro resulta ameno y de fácil lectura. Sólo se echa en falta una sistemática un poco más cuidada, que evitara las abundantes reiteraciones que se encuentran en el texto. Asimismo, la frecuente remisión a fuentes doctrinales hace que se aprecie la ausencia de un aparato de notas en el que el lector pueda encontrar las referencias pertinentes. Tal vez podría haber sido incorporado al final de cada capítulo, sin mermar la fluidez de la lectura.